

minal acción, y declara no querer agredir á ningún diputado; pues, de tocar la epidermis de uno solo, con las pistolas que tenía en el cinto se hubiera levantado la tapa de los sesos. En medio de aquel aquelarre cometieron los girondinos la falta gravísima de acusar á Marat y llevarlo para la consecución y logro de su maniobra, faltos de previsiones y de habilidad, al tribunal que debía tristemente absolverlo, al Tribunal Revolucionario, acto al cual hay que llamar, siquier la comparación resulte vulgarísima, el puntillazo, á cuyo golpe concluyeron aquellos feroces matadores de la Montaña, tras una corrida terrible, á la cuitada Gironda. En vano quiso ésta defenderse. Cada paso que daba, la conducía por modo irremisible al fondo del abismo. Cada noticia, que de provincias ó del suelo extranjero á París iba, recrudecía los ánimos y suscitaba más y más los voraces odios, cuyos ardores consumían y aniquilaban al estado mayor de la Gironda. En tres instituciones se condensaban los odios populares contra los girondinos: en el ayuntamiento de París, en la sociedad ó club del arzobispado, en los jacobinos. De los tres puntos partíanse, no ya terribles amenazas pidiendo la cabeza de los aborrecidos; partíanse maniobras que los acosaban en acosamientos espantosos. La Gironda no tenía para defenderse más recurso que invocar y evocar los departamentos. Guadet lo había dicho en un discurso inflamado. Si París tocaba un cabello de los girondinos, la provincia caería como un desatado alud sobre París. A tales quejas, los montañeses se revolvían furiosos, proclamando su falta de razón y de fundamento. El carnicero Legendre llegó á decir que se quejaban los amenazados de vicio, pues no podían enseñar en todos sus cuerpos ni siquiera un rasguño. Y los girondinos les respondían que, matarife y carnicero Legendre, necesitaba verlos como sus bueyes degollados, para creer en la desgracia de sus contrarios. La erudición reinante acercaba las palabras de Legendre á las palabras de Catilina, cuando de Cicerón se burlaba por quejarse de persecuciones el gran orador y no presentar un rasguño en su cuerpo. El más batallador de los girondinos era Isnard. Y á Isnard nombraron estos presidente, con riesgo de comprometerse más y más en el combate, merced á las temeridades del elogio, y de atraerse más y más sobre sus amenazadas cabezas las cóleras del pueblo. Vergniaud presintió las consecuencias de tal nombramiento y el reto que aparejado traía Isnard consigo á la Montaña. Devoto el gran orador de las conciliaciones, resistióse hasta el fin á tal nombramiento, pero no pudo impedirlo por causas y motivos que ya hemos recordado cien veces; por la interna división de los girondinos y por la propia indolencia suya. Con efecto; á dificultad por día salió la presidencia de Isnard, que al cabo provocara y trajera la catástrofe. Y, sin embargo, la posición de un presidente como Isnard, con una mayoría compuesta por gran número de diputados resultaba feliz y ventajosísima, si el furioso girondino hubiese juntado á su valor y á su entereza un átomo de prudencia. Para salir adelante debía contar con el propósito irrealizable, mientras él supiese resistir, que tenía la Montaña de trocar la minoría en mayoría, propósito muy difícil de cumplir en un parlamento regular y

sensato. Cromwell consiguió un milagro de esta suerte. Pero, ¿cómo lo consiguió? Por la violencia más horrible y esgrimiendo un golpe de Estado parlamentario. Primero tuvo que incendiar los ánimos con promesas verdaderamente incendiarias; enseguida congregó una multitud anárquica, cebándola con las ofertas incumplibles de un reparto de tierras; después purificó el parlamento con una sangría suelta. Ciento cincuenta diputados fueron proscritos de la Cámara, y una minoría de sesenta se arrogó el poder. Mas esta minoría no pudo gozarlo. Cuando Cromwell contara con el triunfo seguro, entró dentro del parlamento metido en su armadura, con las espuelas en los talones y el látigo en la mano para expulsar á los mismos que del parlamento expulsaran á sus contrarios. Con pretexto de que los servidores suyos aparecían todos ante la conciencia y la opinión pública, ya mujeriegos, ya ladrones, ya borrachos, ya vendidos, ya cohechadores y cohechados, los mandó á sus zahurdas; y, cerrando el parlamento, se metió en el bolsillo la llave. El «esta casa se alquila» reaparece á cualquiera hora en los anales parlamentarios cuando se impone á una mayoría numerosa una minoría escasísima.

Contra las maquinaciones de los montañeses, ideaba la Gironda otras maquinaciones, aunque legales y parlamentarias, conducentes todas ellas á conservar el gobierno para ella y deshacer á sus innumerables enemigos. Pero en cuanto la Montaña oía que se trataba de una proposición regular en pro del orden público y del gobierno legal, desataba dentro de la Convención todo género de tumultos. Hablando Guadet, lo interrumpió desarrapada turba de mujeres, las cuales, en su ira, rompieron la barra y entraron en la Convención. Entre aquellos desavíos, Marat lanzaba nombres y más nombres á la voracidad popular, equivaliendo la designación de estos nombres á una sentencia de muerte. El presidente Isnard, lejos de promover la calma, comenzando por estar él tranquilo, se irritaba muy desatinado, y lejos de promover el orden público, promovía con sus arrestos y temeridades el desorden. Todos aquellos republicanos se decían unos á otros, monárquicos; todos aquellos demócratas se decían unos á otros patricios; todos aquellos representantes de la ley se perseguían unos á otros con calumnias, frizando todos con la ilegalidad, por falta de mesura en sus controversias, y falta de tino en sus votos. Isnard se cubría sin empacho á cada dificultad la cabeza suspendiendo horas y horas las sesiones. Guadet formulaba terribles acusaciones contra los avanzados, en correspondencia con las acusaciones contrarias por su cuerpo recibidas entre las sombras espesas de aquella noche mortal. En vano el presidente apela siempre á violencias, como la expulsión de cuantas mujeres se hallaban en las tribunas; como el desorden y el aquelarre dimanaban de la Convención misma, no hay medio alguno de sosegarlos. Varias insinuaciones partidas de la derecha, diciendo y apuntando que la Convención debería irse á Versalles para preservarse al continuo tumulto parisién hecho ya crónico, sólo sirven para que las protestas suban de punto, y el desorden se agrave de modo, que parezca el Congreso un campo de Agraman-

te. Convencida la Gironda de que se iba por las ramas, no contra el tronco y raíz de tantos males, formuló en proyectos de ley sus medios de defensa, leyéndolos Guadet con voz entera y sin miedo alguno, entre las amenazas y violencias de aquel perdurable desorden. Destituir todas las autoridades imperantes á la sazón en la capital; reemplazar los comuneros de la municipalidad con los presidentes de las sesiones; proponer la reunión en Bourges del Parlamento, para huir á las titánicas imposiciones de París: he ahí lo que pensaba la Gironda, formulado y propuesto con la seguridad completa de que se obedecería en la Convención, pero sin seguridad ninguna de que se obedeciese por el pueblo. Fundábanse los proponentes, en que París atraía una intervención peligrosa de las provincias apercibidas á invadirlo; que Chaumette y Hebert, dos regidores parisienses, habían propuesto en plena sesión del ayuntamiento disolver por fuerza y por violencia la Cámara; que muchos electores, en el arzobispado reunidos, trazaban planes siniestros para inmoiar á los diputados de la Gironda; que Pache, antiguo girondino, tráfuga y traidor, pasado á la Montaña, y después de haber sido puesto en el ministerio de la Guerra, trasladado á la dictatorial horrible alcaldía de París, sin refrenar y perseguir estos planes asesinos, los autorizaba con su presencia en los clubs y con sus vociferaciones en las calles. Los proyectos girondinos tenían mucho alcance y estaban fundados sobre sólidos fundamentos. Mas en todo Congreso hay siempre algún elemento conciliador, el cual si no frustra las decisiones enérgicas, las aplaza primeramente y al cabo las corrompe. Barrere ostentaba este carácter y ejercía este oficio dentro de la Convención. Empeñado en tener el fiel de la balanza derecho entre girondinos y montañeses, lo movía en su miedo nativo á favor de la Montaña, como esos pesadores que perturbán los pesos con su propia mano. El redomadísimo y hábil representante no echaba todo el cuerpo al agua en estas dificultades. Sabiendo nadar y guardar la ropa, interponíase con arte suma en la corriente, y no pudiendo atrás echarla por cosa imposible, la remansaba y detenía para que los menos aprovecharan hábiles contra los más tal detención y remanso.

Se aplazó, pues, la solución, pero no se frustró. Y no podía frustrarse, contando como contaban los girondinos con mayoría en el Parlamento, la cual mayoría, sólo necesitaba que la moviesen y empleasen. Así volvieron á la carga y demandaron una comisión de doce diputados, con el fin expreso de cumplir y ejecutar los proyectos varios leídos por Guadet. Decretóse, pues, como era de aguardar esta Comisión, y ya decretada, se designaron los individuos del Congreso apercibidos á componerla y á formarla. El partido de la Gironda llevó esta formación á su mayor exceso, y nombró para ella los diputados más contrarios de la Montaña y á la Montaña más repulsivos. Esta comisión de los Doce, como se la llamó desde aquel momento, significaba la reacción del orden legal contra el desorden perpetuo, la victoria de los buenos liberales, sobre los siniestros demagogos. Así París se conmovió profundamente, y queriendo imitarse ó repetirse á sí propio, soñó con

otro diez de Agosto, no contra los Borbones, contra los girondinos. Muchas veces los revolucionarios, fautores de una gran revolución, desean repetir sus combates heroicos y obtener nuevos gloriosos triunfos. Pero en la Historia resulta comprobado que todas estas repeticiones de la Revolución, exagerándola y perdiéndola, cargan el aire de miasmas, los cuales producen tarde ó temprano las reacciones. El pueblo, exagerado y rojo, como viera que triunfara de veinte siglos en una sola noche, apercibía otra noche análoga, para concluir con los míseros y cuitados girondinos. Así el mito de que se tramaba un golpe reaccionario y se comenzaba un movimiento regresivo llenó los aires perturbándolos y bajó á los corazones conmoviéndolos. Todo cuanto había de rojo en el enrojecido París, todo se sublevó en sublevación unánime. Las secciones se armaron; los clubs se reunieron; la multitud se declaró en sesión permanente y apeló á las medidas más extremas de ataque y defensa; ronca voz de cólera declaró á la Convención subyugada por las facciones reaccionarias é incapaz de salvar á la patria; los moderados fueron puestos en la picota de aquellas terribles reprobaciones populares y tratados como reos y cómplices de la traición últimamente perpetrada; contáronse con los dedos en todas las reuniones públicas los políticos y estadistas que debían morir á manos del verdugo, inscribiéndose sus nombres maldecidos en una lista siniestra; hubo quien propuso disponer y organizar cruenta matanza nocturna; y un clubista ufanado con su apellido de demócrata y liberal, aconsejó imitar á los reyes y resucitar el degüello de San Bartolomé, diciendo: «á las doce de la noche Coligny se hallaba en el Palacio, y á las dos de aquella madrugada, en la eternidad.» No hay cosa peor en estas circunstancias supremas que los caracteres dobles y las posiciones equívocas. Equívoco y doble estuvo Pétion, de París alcalde, la noche del diez de Agosto; equívoco y doble á su vez Pache, de París alcalde también por aquella razón, en tan trágicas y espantosas noches como la que vamos historiando. Aquel hombre se presentaba como un magistrado y era un rebelde. La posición, á las leyes debida para defenderlas, sirvióle para destruirlas. En alta voz mandaba el orden y á hurtadillas promovía el desorden. Su destitución estaba en los intereses de la Gironda y por la Gironda se propuso. Mas quizá no estaba en lo posible, porque los caracteres dobles, aunque á la postre tienen todos los ciudadanos contra sí, tienen por su doblez algunas veces en su tortuosa carrera todos los ciudadanos consigo. Así nada más fácil á Pache que invocar las leyes con los labios en defensa de los amenazados, y esgrimirlas con sus manos en ataque y asalto á los amenazados, clavándolos, como un puñal estas leyes en el pecho. Vigée, girondino, presentó la noche del veinticuatro de Mayo su informe al Parlamento sobre la Comisión de los Doce. Tañidos de rebato, clamores de náufrago, gritos semejantes á los que se lanzan en medio del incendio, imprecaciones trágicas, coléricos resuellos, componían aquel documento parlamentario, dictado por el más justo y lógico terror, bajo las más exterminadoras amenazas. La Montaña se reía, las tribunas chirigo-

teaban, los rojos tomaban á broma el pánico reflejado en aquel documento, pero no podía negarse de modo alguno su verdad sin grande injusticia, cuando al pie de la tribuna lo patentizaban las convulsiones de aquella Montaña, estremecida por un delirio de odio y cercana de sus estremecimientos á despedir sobre Francia una erupción asoladora.

La mayor parte de los historiadores creen que faltaba fundamento serio á los temores de la Gironda, y que gritaba ésta, no para salvarse del peligro, para concitar las iras francesas contra sus tenaces enemigos. Lamartine mismo, tan devoto de la Gironda, sostiene la inania de su miedo, y dice que gritaba como el pastor de la fábula célebre ¡al lobo! movida por su deseo de aterrar y soterrar la Montaña. Lo mismo aparentaban creer los montañeses en aquella sazón. Marat aseguraba no conocer otra conjura sino la urdida por los reaccionarios girondinos, deseosos de restablecer la Monarquía histórica. Un discípulo de Marat aseguraba con toda formalidad haber oído en la boca de un reaccionario que para el dos de Junio no quedaría un jacobino en París, degollados todos al filo de las armas provinciales, mandadas por los primeros ayuntamientos de Francia sobre la proterva capital. En cambio, Vergniaud aseguraba el haber visto con sus propios ojos siniestra carta sugerida por un gran repúblico montañés, dictando los diputados que debían perder la vida durante aquellas tumultuosas noches. Así, en el nombramiento de la comisión propuesta se hallaba la tabla frágil á que debían asirse y abrazarse los naufragos. La cuestión era para ellos cuestión de vida ó muerte. Fontirede se indignó en caloroso discurso, pronunciado para sustentar el nombramiento de los Doce, al ver cómo se llamaban baldíos é infundados temores tan fundados y ciertos. Se necesitaba perder la memoria para desconocerlo, cuando se armaban las secciones, y el mismo alcalde, á la izquierda tan propenso, delataba los corifeos de la matanza reunidos en los alrededores de la Convención con ánimo de disolverla. Y las denuncias de tan terrible complot venían de todas partes; y faltaba la seguridad en París; y corrían los diputados el riesgo de presentarse á sus comitentes con las manos teñidas en sangre de sus colegas; y se incitaba la susceptibilidad nerviosa de aquella capital contra los departamentos; y Marat, secundado por toda la demagogia, pronunciaba sentencias capitales desde lo alto de la tribuna; y se carecía de valor en la Convención; y se armaban todos los vecinos honrados en defensa de sus personas y de sus bienes, por las leyes no garantidos; y sobrevenía un desquiciamiento funestísimo; y se redactaban listas de proscripción; y se pedía el degüello de diez mil parisienses; y se necesitaba la protección del único poder legal existente sobre toda Francia y sobre todos los franceses. Muy movida y muy ondulada la Convención, se dejó arrastrar por el discurso de Fontirede, y estuvo á pique de aclamarlo y cumplirlo. Pero Dantón, que á pesar de su energía, la energía de los más fuertes, tuvo siempre la destreza de los más débiles, se levantó, deteniendo los transportes de la Convención y obligándola con su autoridad á recluirse dentro de sí misma y á pensar lo que debía disponer. El gran tribuno apeló á un

resorte antiguo, el cual surte siempre los debidos efectos en las almas varoniles y enteras; apeló al resorte de llamar cobardía todo cuanto la Gironda sospechaba del pueblo. Y después de haberla humillado así, la quiso intimidar, y apeló á terribles amenazas, como si la Gironda solamente obedeciese al miedo. «Temed, exclamaba; que, así como nombráis vosotros una comisión ahora para perseguir á los agitadores de París; vuestros enemigos nombren otra comisión mañana para perseguir á los agitadores de provincia.» Vergniaud le contestó; y le contestó con su natural elocuencia. Frente al cargo muy grave de que los girondinos calumniaban á París opuso la observación de que no podía llamarse París al populacho inmundo, compuesto por el hampa de todas las ciudades francesas, cuyos crímenes deshonoraban y perdían á la gran capital. Lavándose de la mácula, con que Dantón á su partido manchaba en las imputaciones de cobardía, dijo que se necesitaba distinguir entre los hombres y los políticos. Todo hombre necesita por deber el valor; mas el político necesita sentir miedo por la suerte de su patria, para proponerle todos los remedios indispensables á curar una enfermedad mortal. Vergniaud no temía nada por su propia seguridad, entregando al puñal de los asesinos su pecho descubierto; pero lo temía todo cuando se trataba de la Francia y de la Convención. Así, propuso que el comité de los Doce se votara; y se votó el comité de los Doce bajo aquel torrente de verdadera elocuencia.

Apenas constituido este nuevo poder, mostró su actividad en mandar y su diligencia en combatir. Constituido ya, se metió con la Comunidad revolucionaria y bien puede asegurarse que, al meterse con la Comunidad revolucionaria, se metió en las llamas de un voraz incendio, Hebert, uno de los demagogos más engañados en centro tal de radicalísima demagogia como el municipio, recibió una papeleta de citación, para que se presentase sin tardanza y sin resistencia de ningún género ante el recién fundado comité. En el punto de recibirse tal orden, á raja tabla expedida, hallábase reunido con todos los suyos dentro del ayuntamiento, en furiosa conversación el demagogo implacable. La impresión, que semejante arresto produjo en los comuneros fué inmensa. Estimando cobardes á los girondinos, creíanlos incapaces de dictar semejantes órdenes y más incapaces todavía de cumplirlas. Hebert se mostró sumamente conmovido. Juzgándose destinado á muerte por las maquinaciones girondinas, muerte rápida é inmediata, se despidió de los suyos para la Convención, como si para la eternidad se despidiese. Y al despedirse, les recuerda que todos han jurado participar de la suerte de cada uno, vivir y morir juntos en tan supremos trances. Hebert abrazó á su camarada Chumette, otro comunero como él, y se partió á la comisión, después de haber oído que sus colegas lo defenderían hasta la muerte y que si en aquella trampa lo enredaban y moría, vengaríanlo de un modo cruel. En esto varios agentes de la comisión, intiman á varios empleados subalternos del ayuntamiento, que se rindan y entreguen prisioneros. Aunque las gentes perseguidas estaban todas en las especies de hombres llamados de pelo en pecho, el pánico llegó también á sobrecoger-